



# RECOMENDACIONES PARA CAMPEROS Y MATURRANGOS

*Roberto Bouton fue un médico rural que vivió a principios de este siglo en Santa Clara de Olimar. Apasionado por la vida rural, a través de los años fue haciendo anotaciones que a su muerte, fueron recopiladas por Lauro Ayestarán y publicadas en un libro de más de 500 páginas, que integra un apartado de la Revista Histórica (Tomos XXVIII, XXIV y XXXI) En uno de los capítulos se refiere a la lidia en el campo, con los animales. Dice:*

Ante todo debe procederse siempre con paciencia.

De tener que hacer uso de guascas, éstas deben estar bien sobadas, por lo que es de recomendar su engrasamiento de tiempo en tiempo y guardarlas siempre bien acondicionadas. Las guascas mal cuidadas no sirven más que para estropear animales.

De tratarse de lazos o sobeos, nunca se colgarán, sino que se les arrolla y se ponen en el suelo que de ser el piso de tierra tanto mejor.

Al ir a agarrar un caballo al corral, debe de irse sin alborotos, dirigirse al animal que se va a agarrar, despacio pero con resolución, yendo por el costado izquierdo del animal, derecho a la cabeza, tratando de esconder el bozal y estirando una mano procurar de alcanzar el pescuezo del animal, que en caso no presentara el pescuezo, correr la mano hasta llegar a él para luego pasar el cabresto o guasca

encima del pescuezo; siempre hablándole, nunca gritándole; a lo más, chistarlo.

De haber variados animales en el corral, debe vigilarse si hay alguno con porras, que demostraría abandono, a menos que sea bagual; si hay necesidad, emparejar o componer los tusos, acomodar los vasos, engrasar con grasa derretida los nudos de un caballo que ha galopado fuerte o trabajado fuerte desde pocos días, engrasar con grasa en rama o alguno que tenga la cola comida.

Es toda una "maturrangada" la de que al quitarle el freno a un caballo, para soltarlo, se le castigue con las riendas para que se aleje del lugar, pues es fácil que adquiera una más difícil de sacar. Y no digamos nada del que castiga por la cabeza, o por las verijas o pica al caballo de continuo sin necesidad, volviéndolo mosqueador. Hasta simplemente para enfrenar, se requiere sus precauciones para evitar que se haga mañero para enfrenar o mezquine la cabeza, como



se dice; otros que al quitar el freno, lo hacen bruscamente, golpeando los dientes del pobre bruto; otros que por haraganería enfrenan con las cabezadas del freno, ya muy largas o ya muy cortas demás, que hace recalentar la boca en el continuo movimiento de la lengua, que el animal hace procurando acomodar el freno.

Tanto el rebenque como la espuela, deben de ser empleados con conciencia (el espueñín debe desecharse, no sirve más que para mortificar y hacer mañero a un animal), y al decir que la espuela debe ser empleada con conciencia, creo que tengo razón, desde que hasta los mismos domadores, no pican a tontas y a locas, sino que lo hacen según la manera que corcovea el bagual; por ejemplo: si el animal en sus corcovos, insinúa el cuerpo o se arrolla a la derecha, la espuela izquierda es la que debe ser empleada y viceversa. Y esa espuela que no sea instrumento de tormento, de las que pinchan como lanzas o cortan como navajas. ¡Hay que saber elegir la rodaja! ¿Y los frenos que se ven?...!!

No hay que confundir domador con jinete; el primero contempla tanto o más al bagual que a sí mismo; el jinete al revés: por eso vamos más de una vez que un jinete para estar seguro de que el recado no se le corra, cincha de tal modo que le hace dos barrigas al bagual, cuando bastaba remojar un poco la encimera y la cincha, para obtener el mismo resultado.

El gaucho, cuidadoso de su caballo, yendo en viaje, hace sus altos a fin de dejar resollar su caballo y al apearse, le afloja por unos momentos la cincha, para que respire mejor.

El caballo es un animal de memoria prodigiosa. Un ejemplo: sea porque un lagarto tomaba el sol en la playa de una portera y al sentir las pisadas sale de repente disparando, o un pajarito que por causa semejante, levanta el vuelo súbitamente, o un simple papel que el viento arrastra, etc., puede sorprender al caballo y asustarlo. Bien: aunque pasen 3 o 4 meses, sin volver a pasar por el lugar, en

llegando a él, es casi seguro que querrá espantarse al intentar hacerlo pasar por aquella portera; el caballo recordará en seguida que allí fue asustado, por lo que de todas maneras debe de insistirse, desde la primera vez, de que el animal pase y débese ir prevenido (en caso de volver a pasar, de lo que casi seguro sucederá), debiéndose por tanto llevarlo con tino para que no agarre una maña.

Cuando se va a hacer un viaje de muchas leguas, más o menos apurado o se van a hacer trabajos, como apartes, etc., las tropillas llegan al corral muy gordas y pesadas, pues como están en potreros apartados, los animales no van diariamente al corral (nada hay que impida más el engorde de un caballo que las arreadas diarias al corral, pues el animal caballar es muy haragán, sobre todo en verano, para bajar a la aguada) y hace tiempo que se soltaron en potreros sosegados. Hay que proceder primero que nada a alivianarlos, de lo contrario los animales se aplastarían y en el rodeo no prestarán mayor servicio, que los que podría prestar cualquier matungo, por eso la imprescindible necesidad de atarlos a sogas, bañarlos; de soltarlos, hacerlo en un potrero o piquete, que el animal extrañando, costea y se lo pasa caminando.

Otra precaución debe tenerse con las jergas. Deben mantenerse limpias, secas, suaves. Con razón un amigo mío que cuidaba mucho el lomo de sus caballos, así tomaba un peón nuevo para trabajar en su establecimiento, lo primero que le exigía era que le mostrara las jergas de su recado, para ver en qué condiciones se encontraban y luego advertía que no quería ver que se ensillara con jergas sucias, por lo que se le daría una orden para la pulpería, a fin de que le entregaran dos jergas buenas, y él comprometerse al volver del campo, después de trabajos en los que las bajeras se han empapado en sudor, fueran puestas en una de las varias tinajas que había a un costado del galpón, llenas de agua que se renovaba diariamente. Luego de remojada y torcida se tendía para que se secase, mientras tanto usaba la otra.